

CRONICA DE LA GUINEA ESPAÑOLA

SOCIEDADES SECRETAS: LOS DIGOLES

LOS resultados y peripecias de la última guerra han sido elaborados por la mentalidad afro-negra, y, aparte de intensas repercusiones de toda índole, han originado un mito en torno de un nombre, Degaulle.

Para el negro guineano, Degaulle ha sido la estrella resplandeciente que ha guiado a los pueblos a través de la noche de la guerra y el héroe que resume todas las potencias presentes. El proceso de mitificación ha ocurrido tal y como podrían desear los antropólogos de gabinete, y está proporcionando una definida orientación mítica a los dispersos grupos humanos del Africa Occidental.

Degaulle es el poder político, la autoridad de todos respetada, el héroe ejemplar, el jefe. Y en torno a este mito, empapado de primitivismo, se han creado amplios grupos de sociedades secretas que se fragmentan y subdividen hasta alcanzar todas las posibilidades sociales y todas las situaciones vitales en que el negro vive. Así, la sociedad la constituyen pequeños grupos, al frente de los cuales hay un Degaulle (Digol, en la fonética afro-negra) al que obedecen sus electores e incluso los miembros del grupo, aun cuando no pertenezcan a la sociedad secreta. Hay Digol para poblados, para ciertos sectores más cultos o para círculos sociales más o menos extensos.

La ordenación jerárquica establecida por la acción colonizadora sirve de cañamazo sobre el que se teje la estructura directiva de la sociedad. Sobre los jefes de poblado están los de tribu o demarcación, ampliando, extendiendo y ordenando el crecimiento de las sociedades.

Cada sedicente Digol participa, en cierto modo, de las posibi-

lidades míticas del héroe a que alude; es no sólo un imitador, sino un participante de sus potencias. El Digol es el jefe en función de esta comunión, y los atributos se dan por supuestos y las cualidades por añadidas.

El centro y origen de tales organizaciones está geográficamente bajo el dominio francés, y su acción se extiende rápidamente por toda el Africa Occidental, sobre todo en los sectores de raza bantú, tan aficionados a tales tipos de sociedad. Ni qué decir tiene que nuestra zona continental no escapa a esta influencia y está profundamente contagiada por grupos de Digol.

El caso de nuestra Colonia, considerado aisladamente, carece de importancia, pero las posibilidades políticas de una organización tan amplia, si bien no escapan a la comprensión, eluden fácilmente las medidas policiales posibles. Hoy por hoy constituyen un fermento que, si bien puede ser de corta duración, establece un precedente histórico fundamental: la ejemplarización mítica de una popular figura europea, tan típicamente europea como puede ser todo lo francés, y el establecimiento de una sociedad política secreta que salva, saltando alegremente, las fronteras establecidas por las potencias colonizadoras.

No creemos en la trascendencia del movimiento, pero sí tenemos que señalar el seguro aire europeo y político de tal sociedad, que, por otra parte, no se separa mucho de otras sociedades secretas afro-negras. Como todas, ha logrado influir sobre las formas culturales primitivas que consiguieron sobrevivir al proceso de transculturación, fundamentalmente sobre el «balele». Es perceptible, como no podía ser por menos, la militarización del «balele» ritual del Digol, tanto en su música como en sus movimientos, lo que no puede sorprender conociendo el antecedente del profundo influjo que en los bailes del Occidente africano tuvieron los militares alemanes y sus formaciones en orden cerrado que a los negros de aquel tiempo les parecieron poco menos que un baile de salón.

La persecución de que es objeto el Digol dificulta el conocimiento de sus detalles, de sus límites políticos y de las posibles conexiones que pudiera tener con otras influencias hoy vigentes en Africa. Bien es cierto que en todas las sociedades secretas africanas son habituales tales emociones, que añaden a la imprecisa mentalidad del negro una importante acuidad que realza el mito fecundado por

la atención europea y lleva a todos los rincones de Africa la inquietud política que se siente en Europa, vehiculada en un mito ingenuo y africanizante cuyo sabor no se ha olvidado todavía.

¿BRACEROS ANTILLANOS?

El problema de la mano de obra se hace sentir cada día con mayor urgencia frente a la creciente demanda europea de productos africanos. Actualmente tratan los franceses de reclutar en Nigeria, relativamente superpoblada, los trabajadores necesarios para poder atender los pedidos metropolitanos. Y en esta carrera de necesidades, nuestra Colonia, antiguo cliente de Nigeria, trata de ampliar el radio de su recluta, gestionando acuerdos con Liberia y con Haití.

Las gestiones que se están realizando cerca de este último Estado sugieren demasiadas consideraciones para que las pasemos por alto.

Si en un tiempo se llevaron trabajadores africanos a las Antillas, hoy se trata de recorrer, con los mismos trabajadores, el camino inverso. A pesar de toda la literatura sentimental anti-esclavista, parece ser que la raza negra encontró mejores condiciones de vida y una mayor potencia demográfica bajo la opresión antillana que bajo las libres instituciones políticas de sus antepasados. Esta apariencia puede encerrar verdades a medias y circunstancias disimuladas en favor de tesis sospechosas, pero no se puede dudar que la esclavitud, institución absolutamente reprobable, supo organizar una vida familiar que hoy se refleja en las tasas de población y que la moderna recluta, tan humana, tan societaria y tan atento a los derechos del trabajador, no sabemos por qué razones, trata de prescindir de esa vida familiar y se olvida de ella en los momentos de extender un contrato de trabajo.

Vale la pena insistir sobre esto, porque si se sigue tratando de atenuar la escasa densidad de la población africana con continuos trasiegos de población masculina, la vida familiar quedará estúpidamente deshecha y el futuro demográfico aparecerá cada día más sombrío.

La llegada a Fernando Póo de trabajadores antillanos equivaldría

a la introducción de un fermento cultural eficientísimo de resultados poco previsibles. Las características culturales de estos posibles trabajadores, sospechadas más que conocidas en nuestros medios coloniales, difieren notablemente de las aportaciones que hasta ahora han llegado a Fernando Póo, por lo que no resulta fácil predecir el sentido de la influencia ni la valía de los resultados.

El negro americano de cualquier procedencia es para su hermano de Africa un favorecido de la fortuna que forma parte de la aristocracia y de la avanzada espiritual de la raza. La llegada a Fernando Póo de negros americanos pondría en contacto, y quizá en conflicto agudo, dos direcciones culturales distintas, constituyendo un interesante experimento social en un momento decisivo para el futuro de la Isla.

LOS TRIBUNALES TUTELARES

Los problemas políticos y sociales de nuestra Colonia, dentro de su sencillez, se van complicando cada día como consecuencia de la ya notable influencia colonizadora. Y ha llegado un momento en que la delincuencia infantil, sin ser excesiva ni alarmante, ha exigido la creación de Tribunales tutelares encargados de encauzar y de lograr la adaptación social de los muchachos que se colocaron al margen de la ley.

Los delitos sexuales^o y las faltas contra la propiedad encabezan la mayoría de los expedientes que se abren. Unas veces se trata de muchachos de escasa mentalidad, cuya vida instintiva no puede ser dominada por su insuficiente concepción moral, mientras en otros casos se trata de adolescentes francamente mejor dotados que el término medio, cuyos conflictos de adaptación se hacen más agudos en virtud de su misma perspicacia.

De cualquier modo, vuelve a ponerse sobre el tapete la orientación de la juventud de nuestra Colonia y la dirección pedagógica de las actividades encaminadas a tal fin. Al parecer, los maestros nacionales que llegaron a la Colonia se sintieron llamados a la «lucha contra el analfabetismo». Los resultados obtenidos en este terreno fueron inmejorables y la instrucción primaria alcanza una extensión más que satisfactoria. Pero fué desatendido el consecuente

aprendizaje de oficios, capaz de orientar la vida africana en niveles de vida más altos, dotando al trabajador de mayor capacidad económica.

Nada tiene de extraño que el adolescente que en la escuela adquiere un cierto grado de cultura y la consiguiente optimista autovaloración ve acercarse con terror el fin de sus días escolares, al cabo de los cuales no encuentra otra perspectiva que incorporarse a la agricultura primitiva de sus antepasados analfabetos o tratar de dedicarse a un oficio para el que no está capacitado.

Esta falta de sentido social y político, que caracteriza la actuación colonial europea en materia de instrucción, parece que va a tener fin en nuestra Colonia con la apertura de Escuelas de Artes y Oficios que satisfagan las necesidades económicas de nuestras Posesiones.

Los Padres Misioneros establecieron, en los primeros días de su llegada a la Colonia, escuelas de oficios: carpintería, zapatería, imprenta, etc., muchas de las cuales subsisten como prueba de vitalidad y seguro enraizamiento. Este ejemplo no fué seguido, hasta el punto de que la instrucción de las escuelas estatales se redujo a lo puramente libresco aun cuando en el papel, el resobado papel institucional, existían escuelas de oficios y sus correspondientes profesores y talleres.

Al enfrentarse hoy los Tribunales tutelares con algunos aspectos de la patología social, vuelve a resucitar la cuestión de la orientación profesional del indígena y la urgencia de su solución.

* *

RECENSIONES

